

ANDRÉS AMORÓS

Los sanfermines son motivo de permanente polémica. Las cifras que da Televisión Española del seguimiento de los encierros que de este año continúan siendo espectaculares; a la vez, no faltan las voces que condenan esa fiesta, ciertamente dura, para el que no esté habituado a ella.

Algo semejante puedo decir de las corridas, en la llamada Feria del Toro de Pamplona. Para muchos aficionados, es una de las cumbres de la temporada taurina, con reses de una gran seriedad, de las mejores ganaderías. Si se comparase la temporada con el Tour de Francia, este sería, sin duda, uno de los puertos de mayor exigencia. A la vez, no son pocos los aficionados incapaces de apreciar unas corridas donde los mozos de sol se dedican a cantar, beber, comer y saltar, sin prestar aparentemente atención a lo que está sucediendo en el ruedo. En el terreno personal, muchas veces me han preguntado cómo alguien tan enamorado de Sevilla y de su forma de ver los toros puede también disfrutar en la plaza de Pamplona, su opuesto casi total. De hecho, disfruto en ambas. Y no soy el único, desde luego.

Los encierros más antiguos de los que tengo noticia son los de Cuéllar (Segovia), documentados ya en época de los Reyes Católicos, en 1499; los más famosos, sin duda, los de Pamplona, popularizados universalmente por Hemingway en su novela *Fiesta*.

«Levántate, Chápuli»

Para alguien que no los haya vivido desde chico, no es fácil entender y apreciar la belleza dramática de los encierros. A partir de ahora, les puede servir de excelente guía el libro de Chapu Apaolaza, 7 de julio. El autor, nacido en San Sebastián en 1977, es periodista y publica reportajes en los regionales de Vocento. Además, ha heredado el amor por esta fiesta de su padre, Paco Apaolaza, recordado crítico taurino, que da nombre a un importante premio periodístico. No se me ocurre otro nombre que, hoy en día, reúna tantos conocimientos, tanta pasión por los encierros y tan excelente estilo literario. Gracias a esa unión, supera claramente a tantas publicaciones, que se quedaban en el complaciente costumbrismo.

El libro está dividido en siete (el número mágico) capítulos: el primero, «Levántate,

Toros de la ganadería sevillana Miura durante el quinto encierro de los sanfermines de este año



VILLAR LÓPEZ

Pasión por los sanfermines

Chapu Apaolaza se ha metido hasta el tuétano dentro de los sanfermines. El resultado es una crónica que va más allá de la fiesta. Un libro intenso plagado de sabias lecciones

Chápuli», de tono autobiográfico; los demás, dedicados a los elementos básicos de la fiesta: el miedo, la carrera, los extranjeros («los guiris»), el toro, la posibilidad de la muerte y la retirada. Cada uno de ellos se subdivide en apartados breves, intensos, conectados con el tema central.

Todo comienza con un recuerdo emocionado: cuando el narrador tiene quince años, el padre, ya enfermo, le lleva

por primera vez a correr, con él, el encierro. Es evidente el significado, como rito de virilidad: el mismo paso de la adolescencia a la madurez que realizaban, hace tres mil años, los jóvenes cretenses, al saltar sobre los toros. Me ha recordado la estatua de Anna Hyatt Huntington que está en la Ciudad Universitaria madrileña: un jinete, a punto de caer, entrega la antorcha a otro, que toma el relevo...

Así pues, co-

rrer el encierro supone, para este escritor, la conexión afectiva con el padre y, también, con la tierra: además, un viaje iniciático: «El viaje al centro de la calle / el lugar donde mejor se corre / me ha tomado una vida entera».

El encierro aparece aquí como una profunda experiencia vital; está lleno, por tanto, de sabias lecciones pero también de contradicciones y paradojas: «Algunos de estos tipos han firmado seguros de vida y se hacen cheques anuales y ahí los tienen, encerrados entre dos paredes, sin

escapatoria, dándole la ventaja a la desgracia».

El encierro enseña a soportar el fracaso; como a Noel Chandler, que viajó a los encierros de Tafalla desde México D. F., pasando por Miami, Londres y Bilbao... y no pudo correrlos «porque se olvidó cambiar la hora británica de su reloj y llegó una hora tarde». También enseña hermandad, generosidad y, sobre todo, a huir de la vanidad: lo último que hace un buen corredor es presumir. «Es ese mismo conocimiento de sus limitaciones, la humildad absoluta, la condición indispensable de los auténticos corredores del encierro».

Desde el suelo

Nos proporciona Chapu Apaolaza detalles técnicos: hay que correr mucho, antes de recibir la manada, y mirar atrás siempre: «el espacio es el bien más codiciado por un corredor»; la cumbre del virtuosismo es templar una carrera. Nos ofrece perspectivas insólitas: el encierro desde el suelo, por ejemplo. Nos cuenta pequeñas biografías de personajes increíbles, como el concejal que deja a su invitado -nada menos que Arthur Miller- para bajar a correr; o Marcela, «la madre de todos los corredores», que me recuerda a la *Jeanne* de Georges Brassens...

Como buen escritor, imagina metáforas sorprendentes; nos hace sentir olores y escuchar frases sueltas, elocuentísimas, que quedan en el aire: «Algo ha pasado»; «Ya llueve menos»; «¡Que no tengo nada!»; «¡Qué puñetas haré yo aquí!». Y sentir el paso del tiempo, en los corredores que van cumpliendo años pero por nada del mundo quieren retirarse; también, en el conjunto de la fiesta, que ya no está en manos de los pamplonicas...

Decía Ortega que o se hace precisión, o se hace literatura, o se calla uno. Felizmente, Chapu Apaolaza no se ha callado; ha hecho las dos cosas. Y nos ha transmitido su pasión. A partir de ahora, me va a ser difícil contemplar un encierro sin recordar algo que él me descubrió.

7 de julio
Chapu Apaolaza



Crónica
Libros
del K.O., 2016
180 páginas
15,90 euros